

## Por los caminos de Europa

# TRENES ESPECIALES

por Ignacio Martín-Baró

Las estaciones suelen tener un aire inconfundible. Me refiero, claro está, a las estaciones de trenes. En Valladolid como en Madrid, en París como en Frankfurt, existe un no sé qué mezcla de gris, viento y carbonilla que matiza las estaciones, dándoles ese aire peculiar de antesala molesta. A mí, que no me gusta viajar —no sé si será porque tengo que hacerlo con demasiada frecuencia—, me encanta sin embargo ir a cazar el pulso de las estaciones.

¿Qué interesantes las diferentes reacciones psicológicas de las personas ante un viaje! El representante comercial, con sus dos maletines de cuero, sabe llegar a tiempo, coger un buen sitio en el vagón y leer el periódico del día (¡qué difícil es leer a gusto un periódico en el tren!). La muchacha que busca colocación cae en la cuenta demasiado tarde de que no debiera haberse puesto su mejor traje para via-

jar. El niño pequeño arrastra una inmensa maleta, con gran satisfacción suya y de sus padres.

Ayer fui una vez más a la estación de Frankfurt a sentir este mundillo de idas, esperas y llegadas. Durante estos días se han organizado una serie de trenes especiales, que posibiliten a los trabajadores extranjeros el pasar las fiestas navideñas en su patria. Trenes para Italia, Grecia, España, Marruecos. Largos trenes metálicos que se beben impasibles la riada de maletas, cajas, paquetes y cestas que los pequeños y morenos extranjeros van introduciendo en ellos, entre gritos y prisas. El obrero siempre tiene la sensación de que el tren se le va a escapar. Antes de que se haya formado el convoy, ya está él pacientemente aguardando en el andén, sentado en alguno de sus muchos bultos.

Tren especial para España. Ahí sale, como a escondidas,

entre el bullicio y los cantos de estos trabajadores sencillos. A mí me parece una excelente idea esta de los trenes especiales. Sin embargo, no pude dejar de sentir un escalofrío al ver partir alguno de ellos. Se me hacen trenes tristes, trenes clasistas, trenes con carga humana. Ya sé que son trenes como todos los demás. Ya sé que facilitan grandemente el viaje al obrero, ahorrándole pesetas, transbordos y complicaciones. Pero, a pesar de todo, son trenes tristes. Trenes de carga y descarga definida, sin recuerdos de países lejanos, sin paradas en las que bajen y suban viajeros...

Yo me imagino la llegada de estos trabajadores a Irún, donde necesariamente tendrán que cambiar de tren. Gran aglomeración en la aduana. Larga espera, empujones, preguntas de unos a otros sobre lo que hay que hacer, sin que las mutuas explicaciones aclaren la cosa. Hay que abrir los bultos, an-

te la mirada inquisitiva de los oficiales de aduana. Al fin, de nuevo al tren, ya en tierras españolas.

¿Qué pasará cuando nuestro obrero llegue a su destino? ¿Habrá alguien que le espere en la estación? ¿Encontrará su pueblo muerto? ¿Resucitarán durante unos días las risas en esas casas abandonadas? ¿Tendrá que empezar a conocer a los hijos, crecidos durante su ausencia?

Todos estos pensamientos y otros muchos me asaltan al ver partir estos trenes especiales. Ahora me doy cuenta de que estoy interrumpiendo el paso, en medio del andén. Salgo. En la calle hace mucho frío y una espesa niebla. De regreso a casa, dos mujerucas discuten en el tranvía los precios de un supermercado. La vida sigue su marcha normal, ignorante de estos trenes especiales.